

*SEEN FROM LICEO HIDALGO'S GATE. ÁNGEL
DE CAMPO MICRÓS, STUCK BETWEEN NATIONALISM
AND MODERNISM*

FRANCISCO MERCADO NOYOLA

ORCID.ORG/0000-0001-5994-141X

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

francisco.mercadon@gmail.com

Abstract: *This paper contributes to the study of El Portero del Liceo Hidalgo, Hilarión Frías y Soto's criticism on Ángel de Campo Micrós' works. It analyzes his narrative vein on Mexico City's press at the end of 19th century, going through his filiation to Nationalism and his need for adaptation to the new decadent aesthetic; all of this perceived under the light of some concepts from Pierre Bourdieu's literary sociology. Starting from the observations that Ángel Rama makes on porfiriano regime in our capital city on his book La ciudad letrada, Micrós' works in Revista Azul are also studied, emphasizing his nationalist and modernist eclecticism.*

KEYWORDS: LITERARY FIELD, ATHENAEUM, FOUNDATION, RESTORED REPUBLIC, LITERATE CITY, PORFIRIATO

RECEPTION: 05/04/2019

ACCEPTANCE: 09/06/2020

DESDE LA PORTERÍA DEL LICEO HIDALGO. ÁNGEL DE CAMPO *MICRÓS*, ENTRE EL NACIONALISMO Y EL MODERNISMO

FRANCISCO MERCADO NOYOLA

ORCID.ORG/0000-0001-5994-141X

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

francisco.mercadon@gmail.com

Resumen: Este artículo aporta al estudio de la crítica de Hilarión Frías y Soto (*El Portero del Liceo Hidalgo*) sobre la obra de Ángel de Campo *Micrós*. Analiza la narrativa de éste en la prensa capitalina de fin del siglo XIX, pasando por su filiación al nacionalismo y su necesidad de adaptarse a la nueva estética decadentista; todo esto bajo la luz de algunos conceptos de la sociología literaria de Pierre Bourdieu. A partir de las observaciones que Ángel Rama hace sobre el régimen porfiriano en nuestra capital en *La ciudad letrada*, también se estudia la obra de *Micrós* en la *Revista Azul*, poniendo de relieve su eclecticismo nacionalista y modernista.

PALABRAS CLAVE: CAMPO LITERARIO, ATENEO, FUNDACIÓN, REPÚBLICA RESTAURADA, CIUDAD LETRADA, PORFIRIATO

RECEPCIÓN: 05/04/2019

ACEPTACIÓN: 09/06/2020

INTRODUCCIÓN

Cuando se piensa en la última década del siglo XIX y la primera del XX en términos de producción literaria en México, lo más usual es remitirse a la poesía y el cuento modernistas. Sin embargo, es pertinente hacer notar que, en 1894, mientras *El Duque Job* daba la bienvenida a las bellas “Al pie de la escalera” y negaba la entrada a los generalotes zafios, que hollaban el barro de las calles tan orondos como las muelles alfombras de la *Revista Azul*, así concluía la publicación del subvencionado y nacionalista *Liceo Mexicano*. Uno de los principales colaboradores de esta publicación, un joven menudito de alrededor del cuarto de siglo de edad, quien ya había publicado una novela por entregas y numerosos artículos en *El Nacional*, había irrumpido en la escena de la literatura mexicana bajo la tutela del maestro Ignacio Manuel Altamirano. Así, mientras muchos de los autores más reconocidos de las letras nacionales se hallaban experimentando con una poética cosmopolita y de vanguardia, Ángel de Campo *Micrós* (1868-1908) dedicaba su pluma a sondear y registrar el pulso ínfimo y entrañable de la capital porfiriana, *empleando un lenguaje enteramente vernáculo*, así como una aproximación temática intimista y colectiva a una vez, que perseguía el retrato fiel de la vida urbana.

Al mismo tiempo, uno de los escritores más provecetos y acreditados por la República de las Letras, el médico queretano Hilarión Frías y Soto (1831-1905), en una de las publicaciones más rancias de la prensa capitalina, deploraba en su columna la ausencia de una literatura eminentemente nacional, la cual, además, tuviese por objeto la morigeración del pueblo. Beatriz Lucía Cano Sánchez escribe sobre la larga serie de artículos críticos de la pluma de Frías y Soto, publicados entre 1893 y 1896 en el periódico *El Siglo Diez y Nueve*, firmados con el seudónimo de *El Portero del Liceo Hidalgo*:

Su intención era rendir culto a quienes trataron de legar una literatura de tinte nacional (los del pasado). Consagrarles “frases afectuosas de estímulo y aliento” a los que nadie conocía (los olvidados), y estimular a los nuevos talentos, que le inyectaban vitalidad. (Cano Sánchez, 2013: 88)

Hilarión Frías —liberal radical en política y nacionalista recalitrante en su idea estética— pugnaba porque nuestra incipiente tradición literaria buscara

retratar al pueblo en sincronía con su momento histórico. Ya desde la década de 1860 se había destacado como periodista combativo y autor costumbrista con su *Álbum fotográfico*, publicado por entregas en 1868 en el periódico liberal “rojo” *La Orquesta*. Cano Sánchez apunta —en busca de un derrotero— hacia el omnipresente magisterio de Ignacio Manuel Altamirano sobre la generación literaria a la que perteneció Frías: “Su crítica estaba fundada en los postulados que había propuesto la escuela nacionalista encabezada por Altamirano; en ellos se apelaba a la necesidad de seguir un método propio y crear obras significativas en las que se incluyeran tipos nacionales” (Cano Sánchez, 2013: 88). Desde los primeros años de la República Restaurada, Altamirano —desde su posición de liderazgo moral e intelectual— inculcó, entre los que directa o indirectamente podían considerarse sus discípulos, una sólida formación en la lectura de los clásicos, un rechazo del casticismo en el empleo del español y una forzosa mimesis del ambiente, léxico y color locales. El doctor Frías había seguido, sobre todo, el camino del costumbrismo —con Guillermo Prieto por modelo—, en sus textos hasta entonces más notables: el relato *Vulcano* y el ya mencionado *Álbum*.

Frías y Soto dispuso temáticamente sus revistas literarias de *El Siglo Diez y Nueve*, de tal manera que publicó algunos artículos en los que arremetía en contra de la poesía modernista. Algunos de éstos se titularon: “Los olvidados. Juan B. Delgado”, “El poeta y el sabio. Al Sr. José María Vigil”, “Los de hoy. Luis G. Urbina”, “Los de hoy. José María Bustillos” y “Por la Academia. Casimiro del Collado”. Otros, en los que expuso su liberalismo radical y su anticlericalismo, llevaron títulos como: “Del campo enemigo. Trinidad Sánchez Santos”, “Los de ayer. José María Roa Bárcena” y “Nubes de gloria. Rafael Zayas Enríquez”. Finalmente, aquellos en los que trató los temas del nacionalismo y la tendencia moralizante en la narrativa mexicana tuvieron encabezados como: “Por la academia. Rafael Delgado”, “*La última campaña* de Federico Gamboa” y “*El bachiller*, por Amado Nervo” y “Los del porvenir. *Micrós*.—(Ángel de Campo)”. En este último, Frías lleva a cabo una valoración del autor capitalino y su obra como heredera del nacionalismo literario. El autodenominado *Portero del Liceo Hidalgo* presenta a *Micrós* como un narrador novel, al tiempo que da cuenta de un gregarismo literario en franca decadencia y reitera, con tono vehemente, su credo estético:

—¿Pero quién es *Micrós*?— me dirá algún lector de los muchos que viven muy lejos de nuestras desiertas Academias, de nuestros vacíos Liceos, y de nuestras eriales redacciones periodísticas. / *Micrós*, como lo indica su nombre, es un escritor pequeño, pero que tiene un gran talento, un *nuevo*, un *poco conocido* aún, pero que en tiempos muy próximos ya será aplaudido y proclamado como uno de los creadores de la literatura nacional, de los que han engendrado el verdadero arte indígena, despojándolo de la joyería falsa del galicismo con que hace años se cubren muchos de nuestros escritores. / Yo lo conocí en casa de Nacho Altamirano, al que no llamo Maestro, porque desgraciadamente nada me enseñó: soy muy refractario a todo aprendizaje. (El Portero del Liceo Hidalgo, 1894a: 1)

En verdad, si de algo no se puede acusar a don Hilarión Frías es de dócil prosélito, cuando —como periodista de oposición— no rindió apoteosis ni al propio Benito Juárez durante la Restauración. En 1894, han pasado 18 años desde la revuelta de Tuxtepec; el Porfiriato goza de cabal salud y luce sólido e inamovible en el poder; el connubio secular entre las armas y las letras parece menguado y cercano a la disolución en la nueva era positivista, y el nacionalismo literario —sostenido por la vieja guardia liberal— pierde gran parte de su sentido ante la estabilidad política y las nuevas miras del arte modernista. Frías escribe sobre la decadencia del gregarismo intelectual y el periodismo polémico. Reconoce, quizá, con ello, que el tiempo de los émulos de Lord Byron en México había llegado a su fin, y que su generación —fatigada y relegada del areópago— ponía toda su fe y entusiasmo en los discípulos. Autores como Ángel de Campo preservarían el culto y retomarían el estandarte de la lucha por una emancipación intelectual y una fundación literaria equiparable a las gestas de Hidalgo y Juárez. En este sentido, el doctor Frías y Soto hace el relato entrañable de cómo percibió en su momento una relación casi filial entre Ignacio Manuel Altamirano y Ángel de Campo, así como evoca el tiempo de las Veladas Literarias, en las que algunos contertulios enfatizaron la austeridad republicana que imperaba en el espacio íntimo del maestro nacionalista:

En casa de Nacho conocí a *Micrós*... entonces aún no tenía este seudónimo: se llamaba por su verdadero nombre: Ángel de Campo. / Ángel no quería a

Altamirano, lo adoraba, y era su más asiduo discípulo, y siempre pegado a su lado, parecía beberse las palabras del Maestro, y asimilarse con ellas el gran espíritu republicano de aquel pensador, su finísimo sentimiento artístico y su punzante criterio estético. / Un día... me parece que no han pasado años sobre aquel día, nublado y triste en que vi a Ángel de Campo, por vez primera. / Como fotografiado en el alma tengo el saloncito de Nacho, el único de la casa adonde recibía todas las mañanas a sus íntimos, y donde en las noches tenía numerosas reuniones de artistas con las eminencias de la política y la aristocracia del talento. / El ajuar era modestísimo, austriaco, pero brillando por su limpieza y buen gusto, estrecho porque en aquellas cuantas varas cuadradas de espacio, apenas había sitio para la pequeña pero escogida biblioteca del Maestro, para su bufete y para el piano. Primorosos grabados, cuadros mexicanos de mérito, y los retratos de nuestras celebridades, es decir, de sus amigos, tapizaban la sala entera. (El Portero del Liceo Hidalgo, 1894a: 1)

En esta remembranza, escrita en 1894, Frías y Soto acaso se remitiera a los lunes del Liceo Hidalgo, que habían tenido lugar diez años atrás, y al tiempo en el que un Ángel de Campo, apenas pasado de la pubertad, mamaba de la ubre nacionalista la preceptiva temática nacional y el color local como cánones irrecusables de nuestra estética en formación. Los espacios de su adoc-trinamiento habían sido, principalmente, la Escuela Nacional Preparatoria, la agrupación heredera de la Academia de Letrán y el entorno doméstico del maestro Altamirano. Un cuarto de siglo antes, el poeta y cronista Luis G. Ortiz había descrito así la residencia urbana del poeta bucólico del Atoyac: “un saloncito bello y confortable, donde no se veía el lujo del magnate sino la bella sencillez del hombre de genio y de talento” (Ortiz, 1867: 3).

Otro asistente a las Veladas Literarias que se llevaron a cabo entre 1867 y 1868 en la Ciudad de México, José Tomás de Cuéllar —menos austero—, ponía de relieve la presencia del decoro material en el hogar en cuestión: “un saloncito verdaderamente confortable, decorado según el refinamiento del gusto moderno; mullida y matizada alfombra, muelles asientos, un piano inglés, luz de esperma, mármoles y broncees exquisitos y magníficas ediciones de obras clásicas” (Facundo, 1867: 2-3). Un poco más adelante en el desarrollo de estas tertulias, el español Anselmo de la Portilla, después de algunas polémicas

suscitadas en torno a la incompatibilidad de la austera musa republicana con la *cocotte* del gran mundo, dejaba en claro que hasta el líder nacionalista había agasajado a sus invitados con el decoro imprescindible: “disimuló o escondió todos los signos de su carácter un tanto espléndido y fastuoso. Ni tapices, ni mármoles, ni bronces, ni tesoros de arte, ni mesas regaladas; nada de esto hubo allí; pero hubo cordialidad, gusto y contento” (Sin firma, 1868: 3). De esta manera, se trasluce el credo liberal nacionalista, no sólo en el ámbito estético, sino en el de una ética que debería dar sustento al régimen republicano. El sibaritismo propio de los anfitriones más encumbrados de las Veladas sería inversamente proporcional a la legitimidad artística de los auténticos literatos, de medios mucho más modestos. Al respecto, Pierre Bourdieu, teórico de la sociología literaria, percibe el campo cultural —como puede concebirse a las Veladas Literarias en la República Restaurada— como una instancia de poder cimentada en los bienes simbólicos, cuya naturaleza constituye un

[...] islote de lo sagrado que se opone de manera ostentatoria al universo profano y cotidiano de la producción, asilo de la gratuidad y del desinterés que propone, como en otros tiempos la teología, una antropología imaginaria obtenida por la negación de todas las negaciones que la “economía” realmente opera. (Bourdieu, 2009: 216)

Por su parte, el teórico uruguayo Ángel Rama, en su ensayo fundamental *La ciudad letrada*, escribe sobre el caso particular de la *intelligentsia* mexicana durante el Porfiriato. Allí describe el proceso de mutua cooptación que existió entre el régimen y el campo literario, y que coartaba la autonomía de sus miembros:

Con una intensidad que no se encontrará con iguales términos en otras capitales latinoamericanas, allí [en la Ciudad de México] se conjugaron dos fuerzas que se buscaban: el ansia de los letrados para incorporarse a la *ciudad letrada* que rodeaba el poder central, lo que en otros puntos se presencié, y el ansia de éste para atraerlos a su servicio, obtener su cooperación y hasta subsidiarlos... Este ceremonial de las mutuas atracciones que en tiempos democratizantes

conserva su unción antigua y aristocrática, está presidido por el aura mágica de la letra escrita... (Rama, 1998: 93-94)

Al seguir el hilo conductor de todo lo hasta aquí desarrollado, se exponen los objetivos del presente artículo. Se desea hacer aportaciones al estudio de la obra crítica de Hilarión Frías y Soto (*El Portero del Liceo Hidalgo*), en cuanto a su visión de la obra de Ángel de Campo *Micrós*, así como en tanto su relación con el nacionalismo liderado por Ignacio Manuel Altamirano ante sus numerosos epígonos. Asimismo, se lleva a cabo un análisis de la obra narrativa y periodística de Ángel de Campo, en sus textos publicados en la prensa capitalina durante la última década del siglo XIX, disertando sobre su filiación primigenia al nacionalismo y su necesidad de adaptarse a la nueva estética cosmopolita. Estos aspectos se analizan a la luz de algunos conceptos de la sociología literaria de Pierre Bourdieu, con el fin de presentar la poética nacionalista y sus rituales como bienes simbólicos hereditarios y compartidos por Frías, De Campo y Altamirano como miembros de un “círculo de iniciados”. También, bajo las observaciones particulares que Ángel Rama hace sobre el régimen porfiriano en nuestra capital en *La ciudad letrada*, se estudia la obra de *Micrós* en la *Revista Azul*, poniendo de relieve su eclecticismo nacionalista y modernista. Finalmente, se pretende demostrar, de acuerdo con los postulados teóricos ya enunciados, que la autonomía del campo literario no fue posible bajo el nacionalismo —debido a su rígido magisterio y su tendencia colectiva—, ni bajo el decadentismo, a causa del sistema porfiriano de cooptación de los intelectuales.

Se pretende desentrañar la crítica de Frías y Soto como la de un autor anquilosado, anacrónico ante el nuevo devenir político y literario. Como corolario de este estudio, se propone que la figura y obra de Ángel de Campo *Micrós* constituyen un gozne entre dos momentos históricos y dos tendencias literarias muy distintas entre sí, las cuales ponen de manifiesto la interdependencia entre el régimen porfiriano y los literatos, y, por tanto, la ausencia de autonomía del campo cultural y sus miembros.

UN CAMPO LITERARIO ORGULLOSO EN SU HUMILDAD

Uno de los aspectos que debió permear en el inconsciente cultural de *Micrós* fue el de la modestia irrenunciable que debía prevalecer en el ideario de los cultivadores de la literatura nacional. Acaso de ahí proviniera su predilección por introducirse en los ámbitos humildes de la sociedad porfiriana y registrar ahí las minucias del drama cotidiano, del ruido ínfimo de los objetos de un hogar que pone sus empeños en la diaria supervivencia. He aquí, tal vez, la génesis de *Micrós* y *Tick-Tack*.

Volviendo a la edificación del campo cultural heredero de la República de las Letras, en una semblanza biográfica que se titula “Recuerdos del maestro”, recopilada en el volumen *Cosas vistas y Cartones* y dedicada a Margarita G. de Altamirano, *Micrós* ofrenda al poeta de Tixtla las siguientes líneas: “por eso yo, el último de sus elegidos; yo, el último de ese ‘Liceo Mexicano’, que tanto le debe, hoy, que me veo fundiendo mis ideas en un periódico, primer peldaño de la escala literaria... encierro mi gratitud en estas líneas” (Campo: 1968: 229).

Aquí, Ángel de Campo da cuenta de la agrupación que formó con tan jóvenes compañeros desde la casa paterna de Luis González Obregón, al tiempo que rinde tributo al magisterio de Altamirano y reconoce su apoyo para que él se encuentre en el nicho social idóneo para un escritor en las postrimerías del siglo XIX. Más adelante, en el mismo texto, De Campo se remonta a los comienzos del Liceo Mexicano Científico y Literario, a la vez que su evocación remite a la Bohemia Literaria, asociación heredera de las Veladas que hacía alusión al carácter disipado inherente a los jóvenes que la formaban: “Ese grupo, que nació en un ‘Liceo’ no reglamentado, que carecía de la severidad de una Academia y se reunía en un salón de la Sociedad de Geografía... éramos bohemios, entonábamos un himno a la juventud... [...] El Maestro era un *causeur* incomparable” (Campo, 1968: 230-231).

De todo esto se desprenden algunas de las líneas de influencia que, como alumno destacado, *Micrós* recibió de sus predecesores. Por una parte, se exalta la juventud como fuente munífica de generosidad y de un ideario lejano a la mezquindad y al cálculo, acaso como legado del Romanticismo. Por otra, se insiste en la austeridad como única vía de fecundidad de los ideales estéticos y políticos, adversos a una opulencia cimentada en la corrupción. Además, De Campo menciona la palabra *causeur*, que remite a las “Conversaciones del

Domingo”, crónicas que Justo Sierra publicaba en *El Monitor Republicano* en 1868, y en las que definió la *causerie française* como una charla insustancial que revoloteaba sobre las páginas de la prensa capitalina. Quizá *Micrós* haya tomado de la charla de sus maestros lo aparentemente trivial de la vida cotidiana de los hogares y los barrios de su tiempo, pero imprimiéndole su belleza sublime y terrible, aquella que habita de modo atemporal en la naturaleza humana.

En un artículo publicado en *El Nacional*, en 1892, *Micrós* relata los humildes comienzos del Liceo Mexicano Científico y Literario en la biblioteca de casa de Luis González Obregón. Fueron sus jóvenes y entusiastas compañeros en aquella empresa Adolfo Verduzco y Rocha, Rafael Mangino, José Cárdenas y el anfitrión. Todos ellos habían sido alumnos de Altamirano en la Escuela Nacional Preparatoria. Eran lectores reincidentes de la narrativa de Galdós y Pereda, de los versos de Peza y Díaz Mirón, así como del periódico *La Libertad*, es decir, entusiastas de la *pax* porfiriana como solución al caos nacional antes imperante. Durante la tercera etapa del Liceo Hidalgo (1884-1888), habían sido asistentes asiduos a sus sesiones públicas de los lunes, en las que constituyeron el factor de atracción los estudios de Altamirano sobre la literatura nacional y sus polémicas con el erudito y casticista Francisco Pimentel.

De Campo añade en su texto —de forma íntima y entrañable— que su condiscípulo “Gonzalitos” llevaba la vida de un benedictino, envejecido y consumido por el estudio, así como lo llamaba: “el Benjamín más aprovechado de nuestra bibliografía y de nuestra historia” (*Micrós*, 1892: 1). Al respecto, Alicia Perales Ojeda, en *Las asociaciones literarias mexicanas*, da cuenta de la formación de este grupo, cuya publicación, *El Liceo Mexicano. Periódico Científico y Literario*, órgano de la sociedad del mismo nombre, fue impresa por Ireneo Paz y más adelante por la oficina tipográfica de la Secretaría de Fomento, bajo los auspicios de Altamirano, quien logró obtener el mecenazgo del general Carlos Pacheco, titular del ministerio:

Este liceo, fundado el 5 de febrero de 1885 por un grupo de jóvenes [...] tuvo su primer local en casa de Luis González Obregón, calle de Ortega número 21. Después ocupó un salón en la Biblioteca Nacional. Hubo veladas en una casa de la calle de Zuleta y algunas sesiones tuvieron lugar en el salón de la Sociedad de Geografía y Estadística. / El órgano que dio a conocer los trabajos realizados por los socios, tanto en el campo de las ciencias como en el de las

letras, fue la revista quincenal *El Liceo Mexicano*, que se publicó del 15 de octubre de 1885 a octubre de 1892. [...] Las veladas notables que celebró el liceo fueron en honor de Altamirano cuando éste festejaba su cumpleaños y las fechas de aniversario de la instalación del liceo. Las sesiones ordinarias se efectuaron con regularidad. (Perales Ojeda, 2000: 183)

Según Perales Ojeda, la nómina de miembros del Liceo Mexicano Científico y Literario se hallaba compuesta por:

Ignacio M. Altamirano, Joaquín Casasús, Pedro Castera, Balbino Dávalos, Francisco del Paso y Troncoso, Antonio de la Peña y Reyes, Rafael Delgado, Salvador Díaz Mirón, *Ángel de Campo*, Gonzalo A. Esteva, Luis González Obregón, Antonio García Cubas, *Manuel Gutiérrez Nájera*, Luis G. Ortiz, Porfirio Parra, Ireneo Paz, Juan de Dios Peza, Francisco Pimentel, Ángel Pola, Anselmo de la Portilla, Guillermo Prieto, Emilio Rabasa, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, José María Roa Bárcena, Victoriano Salado Álvarez, Justo Sierra, Francisco Sosa, Luis G. Urbina, Jesús E. Valenzuela y José María Vigil, entre muchos otros. (2000: 186-187; cursivas mías)

Resulta evidente que el Liceo Mexicano Científico y Literario estuvo conformado por las inteligencias más notables de la última década del Porfiriato en la Ciudad de México. En este sentido, queda en evidencia el hecho de que, al buscar consolidar su pertenencia a este conciliábulo, De Campo granjeaba para su obra un sitio entre los actores conspicuos de las letras nacionales. No obstante, se sabe que la historia literaria es tan caprichosa como la Fortuna; así, todo este sistema intelectual que fomentaba la producción nacional y el color local en la literatura, al final, con todo su poder inyectado por el *establishment*, acabó cediendo su lugar preponderante al proyecto cosmopolita del modernismo.

Frías y Soto, recordado también como el mordaz redactor de *La Orquesta*, recrea en su semblanza crítica sobre *Micrós* la ocasión en la que tuvo oportunidad de conocerlo personalmente en casa de Altamirano:

Ese día, es decir, esa mañana, aguardaba yo leyendo un libro raro, sentado frente a una mesa de ónix, a que saliera Nacho, cuando se me presentó éste con

el traje de un maestro de armas; acababa de dar su lección de esgrima, porque tras su baño de agua fría siempre *tiraba* un rato. / Y aún no llevábamos mucho tiempo de charla, cuando entró un jovencito, pequeño, pequeñísimo de talla, imberbe, de rostro agudo, de andar rápido, acometedor y de ojos vivísimos. / Con respetuoso cariño saludó al Maestro, y con fácil palabra y correcta locución le dio cuenta de no sé qué trabajos literarios; y habló, rápidamente: las frases salían de sus labios, como el lienzo pasa bajo el aprehensor de una máquina de coser, en una continua corriente de ritmos iguales. / Me mareó, me fascinó, pero me encantó aquella locuacidad que revelaba un gran caudal de ideas, una masa cerebral en ebullición, y el fósforo cerebral, el generador de la inteligencia, en plena actividad, y cuando salió, como un pájaro que se escapa de la jaula, pregunté a Nacho: / —¿Quién es ese joven, a quien trata vd. como a un hijo? / —Ese joven es uno de los que nos suceden, de los herederos de nuestras luchas por fundar una literatura nuestra, que no copie, que no plagie, que no sea una paráfrasis de la francesa, ni una esclava del clasicismo gótico de la retórica española. Y cómo Ángel de Campo, que así se llama ese joven, tiene mucho talento, y cómo hay muchos jóvenes que como él estudian el arte en la naturaleza, no en el libro, y no necesitan para producir robar de la inspiración ajena, porque les basta y sobra la suya. Ángel de Campo y los que con él asoman en el oriente de la vida, mientras nosotros nos hundimos tras las nubes del oeste en tristísima puesta de sol, no sólo perseguirán nuestra obra, sino que la mejorarán. / Calló el Maestro y yo guardé silencio, meditando en aquella profecía y con el corazón estrangulado por el abrazo de un presentimiento de muerte. (El Portero del Liceo Hidalgo, 1894a: 1)

Conmueve la visión paternal de los reformistas sobre uno de sus discípulos destacados. Es evidente que Altamirano y Frías depositaban su legado ético y estético en quienes, como *Micrós*, abrazaban la causa nacionalista que para ellos había sido un credo tanto político como literario. Ante el horizonte crepuscular de fin de siglo que ambos alcanzaron a percibir y la poética que Frías y Soto habría llamado “azul, decadente y rubendariaca”, debió representar una gran esperanza y consuelo atestiguar que aún había savia nueva que revitalizara su estirpe. El presagio del fin que Frías advierte en aquella ocasión se cumple en San Remo, Italia, el 19 de febrero de 1893, fecha en la que Ignacio Manuel Altamirano deja de existir y, con él, la vida gregaria en

la etapa nacionalista de nuestras letras. Pierre Bourdieu explica el proceso por el que una capilla de iniciados o instancia de consagración, como lo era la escuela nacionalista, influye en la conformación del horizonte ético y estético de sus figuras tutelares y epígonos:

[...] la relación que el intelectual sostiene necesariamente con la escuela y con su pasado escolar tiene un peso determinante en el sistema de sus elecciones más inconscientes. Los hombres formados en una cierta escuela tienen en común un cierto ‘espíritu’; conformados en el mismo modelo, están predispuestos a mantener con sus iguales una complicidad inmediata. [...] un conjunto de lugares comunes... campos de encuentro y... de entendimiento... (Bourdieu, 2003: 180)

El incisivo autor de la galería de tipos sociales del *Álbum fotográfico* rememora la prolífica segunda etapa del Liceo Hidalgo, capilla de los *happy few* que se preservaron en el tiempo a través de sus generaciones de discípulos y de las agrupaciones que éstos, a su vez, formaron. Así, en aras de la fundación de la literatura nacional, se sacrificaría el libre proyecto creador de los noveles autores. El *impasse* de nuestro nacionalismo literario fue la sumisión creativa de los escritores al proyecto colectivo fundacional. De este modo, el inexplorado y etéreo territorio de “lo nuestro” —de aparente fecundidad inagotable— engendraría la cizaña de su propia esterilidad. No obstante, esta fe depositaron Altamirano y Frías en jóvenes como *Micrós*:

Los de ayer *no eran ya*: Altamirano había muerto y con él las *matinéas* en que daba lecciones de historia y literatura, y el Liceo Hidalgo, y las veladas donde Peza leía sus cantos musicales, y Sierra hacía resonar sus odas de acentos titánicos, y Luis G. Ortiz modulaba sus canciones eróticas, dulces como arrullos de paloma. [...] Al fin, un día leí algo bueno, muy bueno, que me sorprendió por su originalidad, que tenía el sabor de la tierra, el perfume del hogar, los reflejos del cielo patrio. Aquello estaba firmado por *Micrós*, y yo ignoraba, ignoré quién era el que bajo aquel seudónimo escribía tan preciosos cuentos: había olvidado hasta el nombre de Ángel de Campo, porque los dolores del presente borran el recuerdo de los días tranquilos y apacibles de un pretérito que no volverá. / Al fin, un día, me enseñaron a *Micrós*... y era el mismo, el

discípulo querido de Altamirano, el del pronóstico del Maestro, el que con otros jóvenes de su escuela iba a traer a las letras patrias, no un renacimiento, sino una regeneración. / Entonces leí cuanto hube a la mano de *Micrós*, y sentí deseo vivo de que cuantos suelen honrarme oyendo mis semblanzas literarias, conocieran también esa preciosa colección de miniaturas, esos paisajes nacionales, esos bocetos a la pluma, de costumbres y tipos mexicanos salidos de la hábil mano de Ángel de Campo. (El Portero del Liceo Hidalgo, 1894a: 1)

Para octubre de 1894, fecha en la que Frías publica la primera parte de su estudio sobre Ángel de Campo, había pasado más de un año desde la muerte de Altamirano. Es evidente que el crítico queretano equiparaba el hecho luctuoso con el fin de toda una época de triunfos bélicos, políticos y literarios. La mera elección de su seudónimo en *El Siglo Diez y Nueve* —El Portero del Liceo Hidalgo— denota el ansia que tenía de preservar y defender una institución y un tiempo ligados a la emancipación intelectual de la patria. Por todo ello, no sorprende que su reencuentro con la figura y obra de *Micrós* lo haya entusiasmado profundamente. En un siguiente artículo crítico, publicado en el “Decano de la prensa nacional”, el novelista social de *Vulcano* y *El Hijo del Estado*, reconoce en Ángel de Campo la facultad de ejecutar el proceso creativo pictográfico del realismo, la de poner en práctica los procedimientos biológico-deterministas del naturalismo francés, así como la capacidad de llevarlo a cabo imprimiéndole el color local de nuestra nación desdibujada y en ciernes:

¿Cómo *Micrós* puede copiar esas escenas candentes en las que no ha tomado parte, esos lugares infames que no ha recorrido jamás? / Es que tiene una intuición soberana, la del artista: *tiene ojo* de pintor, y de pintor admirable de costumbres nacionales: ve a lo lejos una de esas excrecencias sociales, y sabe tomar todos sus contornos; estudia su medio ambiente, se apodera, para reproducirlos hábilmente de sus líneas más difíciles, y alcanza a penetrar todas las formas del vicio, raíces más hondas, las que se hunden en las vísceras y envuelven los músculos cardiacos. (El Portero del Liceo Hidalgo, 1894b: 1)

En el caso particular de Hilarión Frías y Soto entre los nacionalistas, como médico y hombre de ciencia, no sólo estaba entre sus postulados el del color

local, sino que tomaba del realismo costumbrista el trazo pictórico —un tanto rígido— de los tipos sociales, y del naturalismo de Émile Zola, la influencia (aparentemente ineludible) del “hereditismo”. Así como éste había formulado *La novela experimental* a partir de los estudios médicos de Claude Bernard, el polígrafo queretano basó sus percepciones de la narrativa nacional en las pretensiones científico-literarias de la obra de Zola. El teórico español Rafael Huertas García-Alejo, en su ensayo sobre la novela *medaniana*, sintetiza con lucidez la influencia de Darwin y los hermanos Goncourt en el artífice de los Rougon-Macquart, en su conocida técnica de la novela experimental:

De la conjunción sistemática del determinismo biológico y del sociológico nacerá el concepto de novela naturalista o “experimental”, que vendrá a ser una síntesis entre un intento constante de representar fielmente la realidad y una filosofía mecanicista del hombre y de la sociedad... (Huertas García-Alejo, 1984: 33)

Por otra parte, décadas atrás en la centuria decimonona, el célebre creador de Madame Bovary había puesto de relieve el más alto postulado del realismo:

Pinta cuanto quieras el vino, el amor, las mujeres, la gloria, con la sola condición, mi ingenuo amigo, de no ser bebedor, ni amante, ni marido, ni soldado. El que está metido en la vida no puede verla bien; sufre o goza más de la cuenta. A mi juicio, el artista es un monstruo, algo que se sale de la naturaleza. (Flaubert *apud* Wellek, 1988: 17)

De esta manera, entre el naturalismo de Zola y el realismo de Flaubert se debatió el concepto de *transfiguración literaria* del doctor Frías. Además, en un análisis previo he advertido la posible influencia de las lecturas naturalistas de Ángel de Campo —concretamente de la novela *Nana*— en el cuento “El inocente”, incluido en *Cartones*. En este sentido, Frías —el polemista que retó a Francisco Bulnes sobre la verdad histórica de la figura de Juárez— advirtió en las columnas de *El Siglo Diez y Nueve* que la obra de Ángel de Campo poseía una suerte de antídoto contra el “galicismo mental” gutierreznajeriano que atacaba a la literatura mexicana de fin de siglo. Quizá deba aclararse que, si

alguna especie de afrancesamiento estaba presente en la obra de *Micrós*, sería el del estudio del canon de la novela realista y naturalista.

En realidad, el “galicismo” del que hablaba Frías y Soto era el que representaba en México una sensibilidad crepuscular —el de los simbolistas y decadentistas— que adivinaba la podredumbre de una juventud dorada bajo el cielo de una paz porfiriana, aquella que emasculaba la sana subversión en aras de una estabilidad malsana:

Cada una de las pequeñas novelas de *Micrós* es una maravilla; nada hay allí que no sea mexicano, nada de ese *exotismo* petulante que está deformando nuestro bello idioma, y disfrazando con postizos franceses nuestro modo de ser, y embadurnando con tintes parisienses nuestra faz trigueña de mestizos. [...] Tras sus descripciones tan sencillas y naturales, en sus argumentos tan ligeros y tenues, hay un fondo de honda tristeza, de amarga decepción que revela ya al pensador futuro, al herido por el contagio de escepticismo del medio ambiente, al observador que ve sobre campos de flores y bajo un cielo de azul y oro, hormiguar una humanidad enferma por el mal del siglo, febril en sus apetitos, irredenta en su abyección moral. (El Portero del Liceo Hidalgo, 1894b: 1)

Un tercero en concordia, el prominente crítico porfiriano Victoriano Salado Álvarez, en su momento, advirtió en *Micrós* un saludable nacionalismo en el léxico, considerado vivificante para la paulatina formación de las letras nacionales. Escribe Salado en *El Nacional*, en 1891, sobre De Campo:

Ha declarado insubsistente la vieja división de palabras nobles y plebeyas, y ha logrado estereotipar nuestro lenguaje, el lenguaje familiar y usado de todos... A esta renovación del lenguaje, que hace que por primera vez miremos impresas las palabras de la conversación usual, corresponde la reproducción de tipos y personajes reales, dotados de energía, llenos de vida, y no simples imitaciones de la literatura romancesca extranjera... (Salado Álvarez, 1891: 1)

En sus polémicas con los modernistas, Salado Álvarez argumentaba —entre sus reconvenções más legítimas— que esa postura cosmopolita y decadente era artificial y falsa, pues el simbolismo francés partía del principio de una

poética hastiada de la civilización, mientras que en nuestras latitudes ésta constituía un fruto jamás catado. De esta manera, el empleo de un léxico vernáculo dentro de una temática local y sencilla implicaba la salud que debía ser inherente a una cultura nacional en ciernes.

Alicia Perales Ojeda escribe sobre la decadencia del gregarismo intelectual mexicano del siglo XIX. Hacia 1894, con la muerte de Altamirano y la consiguiente desaparición del liceo fundado en su honor, los literatos mexicanos caen en la cuenta de que los principios del campo cultural son inversamente proporcionales a la libertad del proyecto creador de los autores, de modo que los poetas “decadentistas” se apoderan de la escena antes de que la gran conflagración nacional dé origen a los cimientos culturales del siglo XX mexicano: “A partir del 5 de marzo de... [1893], dejó de llamarse Liceo Mexicano Científico y Literario para unirse al Liceo Altamirano que entonces adquirió señalada importancia. / Para 1894 la actividad literaria casi se había extinguido en la Ciudad de México” (Perales Ojeda, 2000: 186).

Al respecto, Miguel Ángel Castro, en su ensayo sobre el Liceo Mexicano, da cuenta de la forma en la que el asociacionismo literario en México había perdido su alto prestigio y había grabado —en letras doradas— que la concreción del arte literario no obedece necesariamente a la pertenencia de los autores a una instancia de consagración, por mucho que concuerde con altos principios políticos. La estética modernista lo demostraría durante las siguientes décadas:

La estética del nacionalismo había prestado los servicios necesarios y no satisfacía más las aspiraciones de los artistas que de pronto se sintieron ajenos al trajín del mundo y, por lo mismo, se lanzaban a explorar otros caminos. En consecuencia, los grupos fieles a un credo preestablecido dejaron de ser el vehículo apropiado y así se explica que el Liceo Altamirano no prohiciera ninguna publicación y que sus sesiones fueran más sociales que culturales, como lo recuerda Victoriano Salado Álvarez en sus *Memorias*. (Castro, 1992: 40)

REQUIESCAT IN PACE NATIONIS. MICRÓS ANTE LA NUEVA ERA

En 1896, en su célebre columna “Kinetoscopio”, de *El Universal*, un *Micrós* plenamente nostálgico escribe sobre lo imprescindible que considera la poesía

popular de Guillermo Prieto, como exponente de lo vernáculo que el público lector de la época debiera conocer y apreciar:

[...] versos en los que palpita México, versos animados por la sangre popular, versos sinceros y originales, documentos de nuestra historia poética, algo de lo muy poco autóctono que nos queda, y para que ni esa cualidad les falte, suelen reproducir con el realismo en boga las escenas características del *pelado*, que el autor tiene buen cuidado de presentar limpio y como transfigurado en las fluideces de un romance o las humildes ternuras de una leyenda de la calle. (*Micrós*, 1896a: 1)

Es notable que la carga moral de los textos literarios prevalecía sobre una visión realista, pero —con preeminencia— por encima de una concepción amoral del arte y la belleza. Para el último lustro del siglo, el nacionalismo altamiriano se hallaba en vías de extinción. La aparición en la escena del decadentismo (hoy categorizado como modernismo) exaltaba el amor impuro de la urbe, como contraparte de la sana *rusticatio* purificadora que aún percibía *Micrós* en los autores que lo precedieron. Además, el realismo hispanoamericano —cultivado principalmente por vía del cuadro de costumbres— presenta con frecuencia a los personajes marginales de la sociedad en un retrato áulico, edulcorados y domesticados para su lectura y consumo cultural. Este horizonte corresponde a la concepción ancilar de la literatura, es decir, el de la subordinación de ésta al axioma superior de la moral. Resulta curioso que, por la misma época, Edgar Allan Poe publicara en *Harper's Magazine* su inquietante crónica *The Man of the Crowds*, en la que la marginalidad de la gran urbe es calificada como “ilegible”. Así, si nos es preciso proponer categorías, De Campo es uno de los primeros que esgrimen en su obra el trinomio *campo-sencillez-salud*, en contraposición a la tetrarquía del *modus hodiernus*: ciudad, modernidad, sofisticación y enfermedad.

Retrocediendo seis años, en 1890, una de las primeras críticas sobre la novela *La Calandria*, de Rafael Delgado, emana de la pluma de Ángel de Campo, quien comenta en *El Partido Liberal* —diario que sustenta la opinión pública favorable al régimen porfiriano—:

¿Es el fin de la novela censurar la conducta de un padre que abandona a una hija, pintando las consecuencias? [...] No se aclara, porque el autor se ocupa

más de las peripecias de los interesantes amores, que de desarrollar un pensamiento por mil razones trascendentales. (Campo, 1987: 129)

En el análisis correspondiente, se podría comenzar por el hecho de que la novela *La Rumba*, de *Micrós*, es coetánea de *La Calandria*, de Delgado, ambos relatos publicados entre 1890 y 1891. El primero de éstos persigue —con toda evidencia— un fin moral, aun cuando se haya publicado bajo la premura de los plazos en la prensa y por entregas en el diario *El Nacional*. La segunda se publica durante 1890, en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*. El comentario de De Campo constituye un lógico y natural debate acerca de la transición entre dos épocas, así como entre la concepción ancilar de la literatura y la visión artempurista del entonces llamado *decadentismo*. La cuestión estribaba precisamente —como *Micrós* lo expresa— entre ocuparse de la peripecia de la historia o del pensamiento trascendental que podía dejar en el lector. ¿Estética o ética?, ¿belleza tremenda o suave didáctica? Poco más de un lustro adelante, Ángel de Campo expone de modo muy significativo su perspectiva del campo literario de su tiempo, nuevamente en su “Kinetoscopio” de *El Universal*:

Hay mucho egotismo en la moderna familia pensadora, y ese egotismo no permite la subordinación que han menester las agrupaciones; falta de un jefe reconocido, la falange se ha dividido y cada cual va por el camino que su estética o sus tendencias le han marcado. Ya no buscamos a los *Maestros* que pueden tener el secreto de reunir unas dos horas bajo el mismo techo y con todos los aspectos de la cordialidad a esos elementos perpetuamente antagonistas... (*Micrós*, 1896b: 1)

Del párrafo anterior se desprende un hecho acaso evidente: el intuitivo y melancólico *Micrós* sentía en carne propia la orfandad, ya entonces en ausencia del magisterio literario nacionalista y de los ateneos literarios. Desde una concepción gregaria de la escritura, éstos se habían erigido en instituciones reguladoras del solipsismo creador y las rivalidades, en aras de una obra colectiva de fundación nacional. Mas ya en la última década de la centuria, la revolución estética extendida por toda Hispanoamérica reclamaba una emancipación de las letras, no sólo comunitaria y fundacional, sino individual e intimista. Por su parte, Manuel Gutiérrez Nájera, en estos años —los

últimos de su vida—, señalaba, desde su posición aventajada en el régimen, a los personajes retardatarios de la vieja guardia liberal, entre los que se contó, desde luego, Hilarión Frías y Soto, como rémoras del progreso estético de una “literatura propia” en nuestro país. Un mes después, *Micrós* deplora — desde la misma trinchera en *El Universal*— la pérdida del sentido colectivo que la escuela nacionalista imprimía a nuestras letras, en aras de una libertad creativa que desembocaba en multiplicidad de egocentrismos, acaso estériles para una causa común:

Años ha hubo menos notabilidades pero más literatos de corazón; años ha, cayendo y levantando, pero con relativa constancia, peregrinaron hacia el arte las asociaciones de letrados; años ha casi, casi apuntaron los albores de una literatura nacional y el afán por producir un volumen fue siempre sincero; pero de la noche a la mañana, como inesperada epidemia, se despertó la sed voraz de las literaturas exóticas, vinieron por tierra los proyectos patrióticos, y más de uno de los fieles a las teorías estéticas de antaño, fue tenido por poco menos que un imbécil. (*Micrós*, 1896a: 1)

Es de sobra conocido el hecho de que el régimen porfiriano, en su búsqueda de preservación del poder, fue conciliador de buen talante y visceral como antagonico, en política y cultura. Una vez inmerso el campo literario en este *statu quo*, se presenta una notable pérdida de liderazgo social por parte del escritor, al tiempo que se va perfilando una profesionalización de éste. El utilitarismo burgués —inherente al positivismo de Estado y a la racionalización instrumental propia del fin de siglo— provoca la incorporación del literato al sistema de producción entre las filas de la prensa. Los poetas, más que nunca, son considerados proscritos de la comunidad, en tanto que no ejerzan el periodismo como labor socialmente útil. En este estado de cosas, Ángel de Campo evoca el pasado nacionalista y colectivo de sus años mozos, en el que tampoco había sido posible la autonomía del campo literario, toda vez que la égida de Altamirano pendía como espada de Damocles sobre el numen de los autores, quienes se veían forzados en buena lid a un nacionalismo inexorable. Dos asuntos compartían Frías y De Campo respecto a su visión de las letras de su tiempo: el desinterés por las obras de largo aliento por parte de escritores y lectores, y la preferencia del escaso público por las literaturas extranjeras,

sobre todo —desde luego— la francesa. Escribe don Hilarión en su crítica al relato *El bachiller*, del entonces novel narrador Amado Nervo: “Porque homeopática es la novela moderna, reducida a las diminutas proporciones del cuento; es que el cansancio moral de los novelistas no les permite tomar grandes vuelos; es que el público lector no tolera muchas páginas de novela científica” (El Portero del Liceo Hidalgo, 1895: 1).

Debido a que el gusto y el consumo de literatura fueron mudando paulatinamente hacia un preeminente afrancesamiento a fin de siglo, la demanda de la producción nacional por parte de los lectores —casi todos éstos en la prensa— disminuyó al mínimo. En el *fin du siècle* mexicano, el estatus social y el prestigio se hallan en una paradójica mezcla entre el cosmopolitismo afrancesado y la moral católica, es decir, entre las ansias de modernidad y el apego a la tradición. El nacionalismo, por su parte, aún es percibido por buena parte de los críticos como una doctrina edificante. Éstos consideran que el decadentismo ejerce, entonces, una lamentable influencia moral sobre la juventud. Asimismo, desde su concepción ancilar de la literatura, añoran las novelas de largo aliento en las que se desentrañan las cuestiones éticas y sociales más importantes de la época, en oposición a los relatos breves —entonces en boga— en los que parecen tener mayor peso la anécdota y la destreza narrativa que el trasfondo filosófico. Hilarión Frías y Soto era indudablemente uno de estos críticos.

ÁNGEL DE CAMPO, ¿UN COSTUMBRISTA EN LA *REVISTA AZUL*?

Adela Pineda Franco —en un análisis sobre la inquietante cohabitación de *El Duque Job* con *Micrós* en el espacio de la *Revista Azul*— escribe acerca de la hibridación de proyectos culturales practicada durante el Porfiriato:

Paradójicamente, en la *Revista Azul* confluyeron facciones culturales y artísticas, muchas veces contradictorias entre sí. Su forzada convivencia es testimonio de las políticas de conciliación cultural del porfiriato; no obstante, esta heterodoxia también puede interpretarse como un síntoma de las discrepancias del proyecto modernizador del régimen. (Pineda Franco, 1998: 122)

Como bastión de la heterodoxia del Porfiriato, es posible señalar a la *Revista Azul* —suplemento dominical del diario *El Partido Liberal*— como uno

de los casos más conspicuos de la hibridación cultural del proyecto nacional positivista. En este sentido, la pertenencia de *Micrós* y su prolífica obra a esta *maison française-mexicaine* al cuidado de *El Duque Job* lo señalan de modo indeleble como un autor gozne entre dos épocas y dos corrientes.

En general, *Micrós* comienza sus relatos breves con prolijas descripciones, con una profusión de metáforas, símiles y alardes cromáticos de talante modernista, aunque los temas y ambientes siempre mantienen una fuerte impronta nacionalista. La pluma de Ángel de Campo se halla entonces atrapada entre el recuerdo de los viejos maestros y su doctrina “bienhechora”, forjadora de patria, y la nueva estética cosmopolita, con sus miras puestas en el simbolismo y decadentismo franceses.

La obra microsiana en *Revista Azul* se sitúa, paradójicamente, entre una firme ideología nacionalista y la necesidad de constreñirse a los vientos del cambio. Su larga serie de escritos en esta publicación ostenta una sensibilidad crepuscular *fin du siècle*. Por ejemplo, en “Marcos Solana” se evidencia una oposición de fuerzas ideológicas y estéticas. Un sacerdote semiletrado, de gusto literario neoclásico, proscribió de su comunidad rústica a un poeta y periodista que parece identificarse con el héroe decadente, enfermizo e hiperestésico de la narrativa modernista. Se trata de un personaje similar a Felipe, de *El bachiller*, de Amado Nervo, o a Rogelio Villamil, de *Un adulterio*, de Ciro B. Ceballos. No obstante, el protagonista del cuento de *Micrós* no constituye un decadente absoluto, sino que se emparenta mejor con un personaje byroniano a lo Fernando Valle —en la novela *Clemencia*, de Altamirano—; un héroe vigoroso en espíritu e ideales, pero visiblemente débil y macilento. Otros de sus personajes son sofisticados erotómanos, indiferentes ante la tragedia rotunda de la injusticia social.

Autor ecléctico de su siglo, De Campo mezcló elementos temáticos y formales del Romanticismo con otros del realismo, el naturalismo y el decadentismo. Sus cuadros de costumbres en *Revista Azul* son indudablemente nacionalistas; tal es el caso de “Almas blancas” o “El grito”, curiosamente escritos por la época en la que Gutiérrez Nájera publicaba allí su célebre ensayo “El cruzamiento en literatura”, suerte de *poética* que declaraba imprescindible la influencia de otras literaturas sobre la nuestra, con el fin de acuñar una literatura *propia*, ya no *nacional*. Por su parte, el cuento “El Chiquitito” se encuentra estéticamente emparentado con los relatos “El pájaro azul” y “El rey burgués”, incluidos por Rubén Darío en su libro fundamental *Azul*.

El cuento “El chato Barrios” constituye una reivindicación del origen indígena y humilde del protagonista, ideológicamente apegado al nacionalismo altamiraniano. En “Tauromaquia”, una griseta que confecciona un traje de luces encarna el ideal modernista del arte y lo bello en la austeridad, valores opuestos a la ostentación, vulgaridad y crueldad de la fiesta taurina, favorita de la oligarquía hispana y “abarrotera” durante la dictadura. En “Una estación”, De Campo hace una denuncia de la sociedad porfiriana rural —aquella de los jefes políticos de horca y cuchillo—, plena de injusticia, aspecto de la obra microsiana en el que Mauricio Magdaleno hallaría más adelante un silencioso y modesto vaticinio de la entonces ya próxima Revolución mexicana.

CONCLUSIONES. CIUDAD LETRADA Y SECUESTRADA

Beatriz Lucía Cano expone de modo abarcador la visión parcial y anquilosada del doctor Frías respecto a las innovaciones del entonces llamado *decadentismo*. La historiadora pone de relieve un hecho innegable: El Portero del Liceo Hidalgo quizá jamás comprendió el hecho de que la tendencia nacionalista estaba destinada a sucumbir después de un breve momento de consolidación de lo mexicano. Asimismo, Frías no concibió —al contrario del vanguardista y mucho más joven *Duque Job*— que el “cruzamiento” en literatura era el siguiente paso lógico en la dialéctica de la literatura mexicana:

Frías y Soto nunca se percató de que las nuevas corrientes literarias planteaban formas transgresoras, que rompían con los cánones de la época; renovadoras en la estructura y el lenguaje. Una de esas tendencias era el decadentismo, como él llamaba al modernismo, manifestación artística que proyectaba la psique y los sentimientos más profundos del ser humano. Elementos que, desde el punto de vista de nuestro autor, debían plasmar los escritores en sus obras, para que la enseñanza moral trascendiera. Pertrechado en un ultranacionalismo, Hilarión no concebía que la literatura mexicana se contaminara con modelos extranjeros. (Cano Sánchez, 2013: 88-89)

El liberal queretano percibió con parcialidad el aspecto nacionalista de la obra de Ángel de Campo. En este sentido, celebró lo que consideró un apego sin ambages al magisterio de Altamirano. Es posible que la misma visión sesgada que don Hilarión tuvo de nuestras letras finiseculares haya concordado con

la que tuvo de la figura y obra de *Micrós*: vio en Ángel de Campo solamente aquello que deseaba ver y soslayó la veta moderna de este narrador, cuya obra fue, a todas luces, de una mayor complejidad. Este fenómeno obedece, sin duda, a que Frías y Soto representa, con vehemencia, un periodo histórico profundamente chovinista y xenófobo por razones muy comprensibles, de manera que él y sus coetáneos quizá juzgaron la influencia extranjera en literatura con tanta dureza como lo hacían en la política.

Por otra parte, en un artículo publicado en febrero de 1896, en *El Universal*, Ángel de Campo aporta una prueba fidedigna de la cooptación de los literatos de su tiempo, así como de aquellos asimilados al régimen pocos años atrás: “Bien hayan los Ministerios que admiten en sus oficinas a los Peza, a los Urbina, Gamboa, y otros tantos que sin un sueldo fijo, tal vez hubieran quedado perpetuamente inéditos” (*Micrós*, 1896b: 1). Imposible asegurar si estas palabras de *Micrós* se hallaran apegadas a su auténtico sentir o acaso imbuidas de un subrepticio sarcasmo. Sin embargo, dentro del sistema intelectual porfiriano que Ángel Rama configura en *La ciudad letrada*, acaso hasta uno de los más insignificantes miembros del campo literario habría sido considerado digno de ser cooptado por la dictadura. No obstante, es indudable que en el aserto de De Campo subyace una realidad innegable: quien no lograba hacerse allegado al régimen caía en el anonimato y la inopia que antes habían imperado.

Como quedó establecido al comienzo de este artículo, Ángel Rama propone la imposibilidad de la autonomía del campo literario durante las décadas “cuasi virreinales” de la dictadura:

Al margen de la “losa del pasado” que pesa sobre esta configuración, son perceptibles causas históricas del momento, que tanto responden a la potencia que había adquirido el Estado, dotando de muchos más recursos al partido o a las personalidades del Gobierno, como a la situación concreta de la élite intelectual que ha aumentado sus efectivos a la medida del lentísimo crecimiento de la clase media para la cual la educación fue privilegiada palanca de ascenso social y encuentra que esas capacidades pasan mayoritariamente por los organismos del poder... (Rama, 1998: 94)

Huelga disertar sobre la mano de hierro del *imperator* de nuestra “Segunda Independencia”, el general Porfirio Díaz. Con el impulso económico y el

desarrollo de una clase media antes inexistente, el régimen porfiriano halló una vía de bienestar social, a la par que una forma idónea de adjudicarse adeptos incondicionales, es decir, los intelectuales —concepto entonces neonato—. Todo esto ocurría en los resabios hereditarios de la Nueva España, mientras que en el resto de América Latina el periodismo ofrecía —en palabras de Ángel Rama— una “respiración independiente” a la nueva clase pensadora.

En este orden de ideas, es posible concluir que la autonomía del campo literario mexicano —entre 1876 y 1910— se vio imposibilitada por la interdependencia entre una clase letrada acomodaticia y un ejercicio del poder omnímodo y amordazador. El escritor, opuesto a un agente liberador del pensamiento social, contribuye entonces a apuntalar los cimientos de un régimen despótico. En este sentido, la posición de Ángel de Campo al respecto es compleja: se somete con añoranza a los preceptos de los viejos maestros nacionalistas, así como al antiguo régimen de las asociaciones literarias. Esto coarta su autonomía creativa. Una vez ocurridas la decadencia de los ateneos y la muerte de los preceptores, la supervivencia y el prestigio social le exigen tener participación activa y señalada en la prensa finisecular. En la *Revista Azul* alterna su hábil y ecléctica pluma entre el realismo y el decadentismo. Su credo lo compromete con lo mexicano; su tiempo lo constriñe a asimilarse a lo cosmopolita. El resultado es quizá paradójico: una obra nacionalista por aprendizaje, mezclada con pincelazos modernistas que parecen coercitivos. La autonomía no se observa, primero a causa de la corriente estética nacionalista, más adelante a causa del sistema literario.

Por su parte, Hilarión Frías y Soto —en su investidura política como miembro de la vieja guardia liberal, en su visión anquilosada y sesgada de la literatura nacional, como crítico del diario más proveyecto del país, como antagonista casi único del “mito político unificador” de Juárez durante el Porfiriato— analiza y expone a Ángel de Campo *Micrós* como uno de los más celebrados narradores de una poética heredada. Es entonces cuando el autor de *La Rumba*, al seguir a sus maestros y poner en práctica recursos poéticos y retóricos en una obra bastante dispersa —que procura más adelante cohesionar— incursiona en una variedad de registros escriturales, ofreciendo multiplicidad de interpretaciones a los lectores. Por ello, es indudable que Ángel de Campo se erige en un autor gozne entre dos etapas fundamentales de nuestras letras que se encontraron en intensa pugna.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- Bourdieu, Pierre (2009), *El sentido práctico*, traducción de Ariel Dilon, revisión de la traducción de Pablo Tovillas, México, Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2003), “Campo intelectual y proyecto creador”, en Nara Araújo y Teresa Delgado (selección y apuntes introductorios), *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*, México, Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad de la Habana/Anthropos, pp. 241-285 .
- Campo, Ángel de (1987), “*La Calandria*”, en *El Partido Liberal*, 4 de octubre de 1890, en Fernando Tola de Habich (ed.), *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX (1836-1894)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Universidad de Colima, pp. 128-130.
- Campo, Ángel de (1968), *Cosas vistas y Cartones*, 2ª ed., edición y prólogo de María del Carmen Millán, México, Porrúa, pp. 228-232.
- Cano Sánchez, Beatriz Lucía (2013), “Andanzas de un liberal queretano: Hilarión Frías y Soto”, *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, núm. 86, pp. 73-100.
- Castro, Miguel Ángel (1992), “El Liceo Mexicano”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 500, pp. 37-40.
- El Portero Del Liceo Hidalgo (Hilarión Frías y Soto) (1895), “*El bachiller*, por Amado Nervo”, en *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 55, tomo 108, núm. 17 322, p. 1.
- El Portero Del Liceo Hidalgo (Hilarión Frías y Soto) (1894a), “Los del porvenir. *Micrós*.—(Ángel de Campo)”, en *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 54, tomo 106, núm. 17 058, p. 1.
- El Portero Del Liceo Hidalgo (Hilarión Frías y Soto) (1894b), “Los del porvenir. *Micrós*.—(Ángel de Campo) II”, en *El Siglo Diez y Nueve*, novena época, año 54, tomo 106, núm. 17 062, p. 1.
- Facundo (José Tomás de Cuéllar) (1867), “Revista”, en *El Correo de México*, tomo I, núm. 89, pp. 2-3.
- Huertas García-Alejo, Rafael (1984), “La ‘novela experimental’ y la ciencia positivista”, *Llull*, vol. 7, pp. 29-52.
- Micrós* (Ángel de Campo) (1896), “Kinetoscopio. Apuntes literarios”, en *El Universal*, tomo XIII, 2ª época, núm. 50, p. 1.

- Micrós* (Ángel de Campo) (1896), “Kinetoscopio. ¿Ateneos?” en *El Universal*, tomo XIII, 2ª época, núm. 33, p. 1.
- Micrós* (Ángel de Campo) (1892), “El México viejo. (Recuerdos literarios)”, en *El Nacional*, tomo XIV, año XIV, núm. 159, p. 1.
- Ortiz, Luis G. (1867), “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, tomo VI, núm. 150, p. 3.
- Perales Ojeda, Alicia (2000), *Las asociaciones literarias mexicanas*, I y II, 2ª ed., México, Coordinación de Humanidades-Instituto de Investigaciones Bibliográficas-Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pineda Franco, Adela (1998), “Manuel Gutiérrez Nájera y Ángel de Campo (*Micrós*) en la *Revista Azul* (México, 1894-1896)”, *La Palabra y el Hombre*, núm. 106, pp. 121-136.
- Rama, Ángel (1998), *La ciudad letrada*, prólogo de Hugo Achugar, Montevideo, Arca.
- Salado Álvarez, Victoriano (1891), “*Micrós* (Don Ángel de Campo)”, en *El Nacional*, tomo XIV, año XIV, núm. 87, p. 1.
- Sin firma (Anselmo de la Portilla) (1868), “Velada literaria”, en *La Iberia*, tomo III, núm. 306, p. 3.
- Welleck, René (1988), *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, Madrid, Gredos.

FRANCISCO MERCADO NOYOLA: es doctor en Humanidades (Literatura) por la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, maestro en Letras Mexicanas y licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se ha especializado en el estudio de la bibliohemerografía mexicana del siglo XIX. Es investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, donde desarrolla un *Estudio de bibliografía mexicana del siglo XIX. Las colecciones de impresos de la Biblioteca Nacional de México*, y donde ha participado en proyectos como la *Edición de las obras completas de Ángel de Campo “Micrós”* y el *Seminario de Bibliografía Mexicana del Siglo XIX*. Ha publicado artículos sobre literatura mexicana decimonónica y contemporánea en medios impresos como *Signos Literarios*, *Signos Históricos*, *Bibliographica*, *Nexos*, *Zócalo*, *Casa del Tiempo* y *Tema* y *Variaciones de Literatura*, así como en portales electrónicos como *La novela corta: una biblioteca virtual* y la *Biblioteca virtual Miguel de Cervantes Saavedra*. Actualmente es candidato al Sistema Nacional de Investigadores.

D. R. © Francisco Mercado Noyola, Ciudad de México, enero-junio, 2020.